

CAPÍTULO XIX. *De cómo se hacía el sacrificio de hombres que eran muertos en servicio del demonio*



ABÍA UNA PIEDRA EN LO ALTO DEL TEMPLO, sentada sobre el plan y suelo que hacía la placeta donde estaban las capillas y altares de los ídolos, en frente de la dicha capilla y muy cerca de las gradas del altar, y era de más de una braza en largo y media vara de ancho y de grueso una tercia. Esta piedra, dicen algunos que era a manera de pirámide más puntiaguda que llana, para mejor atesar los hombres para el acto y buena expedición del sacrificio; y me parece llevar mucha razón, por lo que después veremos. En esta piedra se hacían los sacrificios de hombres muy de ordinario y no servía para otro ninguno de animal o ave que fuese sacrificado. Aquí eran traídos los míseros hombres, como suelen llevar los ganados a los mataderos; y eran enviados de aquel rastro o cárnica inhumana y cruel al peso de los tormentos eternos, para cuya muerte se hacía la solemnidad siguiente:

Salían seis ministros de Satanás, cuatro para tenerle de pies y manos, uno para la cabeza y garganta, a la cual le echaba un palo, a manera de culebra, medio enroscada, y otro, que era el más principal y supremo, traía el cuchillo, que era un navajón hecho de pedernal, a manera de hierro de lanza jineta y muy agudo. Este último y más eminente ministro era como decir el sumo sacerdote al cual, y no a otro, era dado este oficio de abrir los hombres por los pechos y sacarles los corazones. Llamábase papa, como en otra parte hemos dicho, o topiltzin. Y es de notar que era ésta una dignidad suprema y entre ellos muy estimada; y dicen algunos que se heredaba, como antiguamente iba por herencia el sacerdocio y sumo pontificado, siendo comúnmente los herederos de este patrimonio y suerte eclesiástica los primogénitos. Salían estos seis ministros a este sacrificio vestidos de diferentes ropas que las ordinarias; y en especial el sumo sacerdote, el cual traía sobre los hombros una cortina o tela, a manera de dalmática, con unas flocaduras por orla; en su cabeza una corona de ricas plumas verdes, que llaman quetzalli, y amarillas; en las orejas zarcillos de oro, engastados en ellos unas piedras verdes, y debajo del labio, junto al medio de la barba, un cañutillo hecho en suficiente y hermosa proporción de una piedra azul, llamado tentetl. Traían todos seis las manos y rostros untados de negro muy atezado. Los cinco de ellos, que eran como sacerdotes menores, traían las cabelleras muy encrespadas y revueltas, con unas cintas de cuero que las ceñía por medio de la cabeza y frente; traían en sus manos unas rodela de papel pequeñas, pintadas de diversos colores, como representando salir a guerra o batalla contra enemigos, como en realidad de verdad lo eran casi siempre los sacrificados; traían vestidas dalmáticas blancas, labradas de negro. Con este atavío y adorno, que hemos dicho, salían, cuya vista ponía espanto, porque parecían venir revestidos de el demonio y untados

con la tizne de sus calderas infernales, y bien representaban en sus malas y negras cataduras cuyos ministros eran. Puestos todos seis delante de el ídolo, hacíanle su acatamiento y humillación y poníanse luego en orden junto a la piedra del sacrificio. Sacaban al que había de ser sacrificado desnudo, en cueros; al cual con mucha presteza y desenfado, tendían los cuatro de ellos sobre la dicha piedra que, como era puntiaguda, se le metía por las espaldas, y haciéndoselas doblar le atesaba el pecho; el quinto ministro le echaba la corma o argolla de madera a la garganta y afijábale la cabeza, para que por ninguna vía hiciese desdén ni torcimiento en abrirle el pecho. Estando en este principio de tormento y pena este hombre perdigado y condenado a esta muerte, asido de pies y manos y garganta, llegaba el sacerdote supremo con el cuchillo o navaja y abríale con mucha presteza y liberalidad el pecho, que casi no era oído ni visto, con el ejercicio y curso grande que tenía, y sacábale el corazón y así babeando se lo mostraba al sol, a quien ofrecía aquel calor y vaho; y volviéndose hacia el ídolo, daba con él en el umbral de su capilla, por la parte de fuera, y allí dejaba hecha una mancha de sangre y caía el corazón en tierra, de donde lo tomaban, y puesto en un vaso muy pintado, hecho de calabaza, que llaman xicalli, poníanlo delante del altar, como ofreciéndolo al ídolo por la parte más principal de aquel cuerpo muerto, cuya ánima ya tenía en su prisión y penas. Los sacerdotes viejos tenían licencia de comerse estos corazones, y así se los comían algunas veces, aunque también otros los enterraban conforme les daba la gana y gusto; que el demonio que lo inventó no atendía a lo accidental de las ceremonias, sino a lo esencial de llevarse siempre las almas.

Hecho este sacrificio daban con el cuerpo por las gradas del templo abajo; y débese notar que si el sacrificio era de los presos en guerra, llegaba con sus deudos y amigos el que lo había cautivado y preso y llevábenselo con grandes regocijos y solemnidades y hacíanlo guisar, y con otras comidas hacían un muy solemne y regocijado banquete; y si el que hacía esta fiesta era rico, daba a todos los convidados mantas de algodón y otras joyas y preseas de las que en su casa tenía.

Si este sacrificado era esclavo no habido por vencimiento en la guerra, sino por otra causa o manera, no le echaban por las gradas abajo, sino que desde el altar o piedra del sacrificio lo llevaban en brazos a sus casas y celebraban el mismo convite, aunque no con tanto aplauso y solemnidad. En algunas ocasiones (que no en todas) cogían de la sangre que vertía por el pecho el sacrificado y puesta en una escudilla o jícara, dábanla al ídolo, haciendo amago a que la bebiese, untándole primero los labios con la misma sangre. En esta ceremonia guardaban el respeto y decoro al ídolo a quien se hacía el sacrificio y luego a los otros que estaban con él (si los había); con esto se acababa este sacrificio de uno o muchos y volvíanse los sacerdotes a entrar, sin hacer otra ninguna ceremonia, aunque el remate eran fiestas, como luego veremos, que en este capítulo no he pretendido más que dar noticia de este inhumano hecho, inventado por Satanás en las naciones antiguas por otros modos, siendo en estas indianas por éste.